

EL TRAZO TESTIMONIAL; EL DESENLAZARSE DE UNO PARA LLEGAR A OTRO

Francisco Javier Rosales Álvarez

Universidad autónoma de Querétaro

javierr@uaq.mx

Resumen

El trazo testimonial sobre la experiencia de un psicoanálisis, es una vía posible para la enseñanza clínica, trabajando tomado al escrito se puede localizar la particularidad significativa de la transferencia en el caso, lo que a continuación se presenta es un recorrido particular que tuvo que sortear el analizante para llegar al diván con su analista Lacan.

Palabra (s) Clave (s): Trazo testimonial, psicoanálisis, enseñanza

Abstract

He stroke testimonial on the experience of a psychoanalysis, is a via possible for it teaching clinical, working taken to the written is can locate the particularity significant of the transfer in the case, what then is presents is a travel particular that had that sort the analizante for get to the divan with your analyst Lacan.

Keywords: *Education, psychoanalysis, testimonial stroke.*

1. Introducción

La valía de la escritura testimonial de exanalizante, al ser documentos publicados que puede ser leído por todos aquellos que se sientan concernidos por el psicoanálisis, desde los diferentes ángulos que les permita su formación o estética, sea como documento histórico, metodológico, novelesco o clínico, han contribuido a la difusión del psicoanálisis en nuestra cultura.

Cada testimonio tuvo objetivos diferentes para escribir sobre su experiencia de análisis, de los documentos leídos he encontrado que esos objetivos van desde

pretender hacer un homenaje a su analista, hasta escribir un documento científico el cual se esperaba contribuyera en algo en la enseñanza del psicoanálisis, a esta cuestión última es a la que se aboca en este escrito.

De los documentos testimoniales de este exanalizantes, he seleccionado varios trazos clínicos, en donde en mi lectura considero está en juego enseñanzas, problemas y obstáculos, con la idea que este escrito se convierte en material para trabajar asuntos clínicos. Extraje los trazos de una entrevista publicada y un escrito que pronunció Jean Allouch como analizante de Lacan, centrando el análisis en las características del síntoma, que permite observar la particularidad del recorrido del síntoma en transferencia del caso, para atreverse a llegar al diván de Lacan.

2. Método

Como el escrito aborda el tema de la valía de la escritura testimonial de la práctica psicoanalítica, y ésta sólo puede darla quien vivió la experiencia, porque el dispositivo analítico no acepta terceros observadores, tenemos entonces dos lugares posibles para escribir al respecto, uno sería como analista y el otro es como exanalizante.

El análisis de trazos testimoniales pretende ser un ejercicio de lectura analítica por quien lo realiza, al ser tocado por el escrito del testimonio de manera sorpresiva, por sonar interesante, contradictorio, vacilante, incomprensible etc., con la resonancia y tomado a la escritura testimonial, se hilvana otro escrito donde se decanta un tema o pregunta.

El síntoma en un psicoanálisis

El síntoma descifrado por el psicoanálisis no es el síntoma psiquiátrico o psicológico que preexiste al caso, el síntoma para el psicoanálisis se completa cuando encuentra a un otro que lo escucha, además de estar conformado genealógicamente, tiene características que le dan su especificidad y consistencia; conflicto anímico, repetitivo más allá de la voluntad, no se puede suprimir o evitarlo sin coste de angustia, para quien lo porta es extraño, loco, irracional,

ridículo o disparatado, por lo que lo oculta o disimula, imposibilitado a parar por promesa, prohibición, castigo interior, por eso agobia, cansa y agotan al Yo, el síntoma puede plasmarse en el cuerpo, como idea, actos, ritos etc.

Lacan fue quien vinculó el síntoma a la instauración de la transferencia, por ello en su Proposición del 9 de octubre de 1967 (Lacan, 1981), propuso el siguiente algoritmo o matema de la transferencia:

$$\begin{array}{c} \underline{S} \longrightarrow (S', S'' \dots \\ S \dots (S', S'', S''' \dots S^n) \end{array}$$

En donde el significante de la transferencia para la persona normal se relaciona con un significante cualquiera, y luego con otro significante y así continua su relación en un conteo interminable, por lo que no cesa de repetir su síntoma como destino, al portar ese significante cualquiera nunca van a solicitar un análisis, de ahí que para Lacan la transferencia está vinculada al síntoma.

Para algunos otros el síntoma se convierte en su averno, Lacan los nominó *psicótico de síntoma neurótico*, porque la demanda de análisis se hace por no soportar su síntoma, ése que demanda un análisis porta un significante que no se enlaza a otro significante cualquiera, a ese significante particular Lacan lo llamó significante de transferencia, ese significante es el que haría lazo, en el dispositivo analítico, con el analista.

El distintivo del analizante es portar la loca idea de creer que su analista lo curará, creencia a la cual el analista le da albergue, la función del analista opera al escuchar la demanda e ir más allá de ese decir, atado a su función de analista por su síntoma (con h) resultado de su propio análisis. Para la clínica lacaniana, el síntoma del analizante y síntoma del analista completa el síntoma del caso.

Para el análisis testimonial se toman dos versiones publicadas de Allouch, la primera fue una entrevista que otorgó Allouch a la revista Acheronta con fecha del 7 de agosto del 2000, la segunda es un escrito de Allouch que presentó en septiembre del 2001 en el anfiteatro de la Sorbona, al celebrarse el centenario del nacimiento de Lacan, transcribo en ese orden los trazos de mi interés.

Jean Allouch y su encuentro con Lacan

“Cuando tenía 22, 23 años, me encontré con alguien que hablaba de Lacan, un profesor de psiquiatría. Y de ese encuentro concluí que no había más que una solución: ir a París, seguir el seminario de Lacan, y hacer un análisis. Y es lo que hice. A los 25 años "subí a París", como se dice en Francia... para hacer estudios de filosofía, pero sobre todo para seguir el seminario de Lacan (creo que si el seminario de Lacan hubiese sido en Carcassonne, hubiese ido a Carcassonne, era eso lo que importaba – es cierto que no había casi ninguna posibilidad que ese seminario se realizara en Carcassonne)... era septiembre 1962.

¿Qué es eso que me atrapó? No podría decirlo bien, y tampoco podría decir bien eso que ya me había enganchado en lo que había escuchado decir de Lacan antes de decidir ir a escucharlo a él mismo.

En esa época yo estaba sumergido en Kierkegaard. Para mí Kierkegaard era mucho más interesante que la psiquiatría y que el psicoanálisis tal como se lo enseñaba. "El diario de un seductor" me entusiasmaba, "Temor y temblor" me entusiasmaba, "La Repetición" me entusiasmaba, otros autores, incluso teólogos, me interesaban mucho más. El estadio oral, anal y genital, al lado de eso, a mis ojos, era de una falta de inteligencia verificada.

No obstante, si no hubiese tenido ese hecho de Lacan en Montpellier, jamás me habría interesado el psicoanálisis. Escuche ahí, sin duda, un tono, una manera antes que contenidos. Voilà, es eso lo que me atrapó. Como ven, no es demasiado claro

Sí... un estilo, sí... sin duda, a pesar de que el estilo del que enseñaba Lacan tenía todos los defectos de la época: era un discurso (propos) hiperlacaniano y – cosa que no lo mejoraba en nada (pero esto lo puedo decir ahora)- heideggeriano...

En cambio, entendía que se trataba de otro psicoanálisis que el que se enseñaba en la Universidad. Además este discurso (propos) se sostenía en medio de los locos, en un lugar que vivía un momento de giro importante, puesto que lo que era el asilo estaba transformándose en el hospital psiquiátrico.

Aquél mismo que hacía oír a Lacan en ese lugar se empeñaba en que los enfermos pudiesen tener un cuchillo y un tenedor, y no solo una cuchara (con la que se supone no podrían suicidarse). Militaba también para hacer rellenar los fosos del lado interno del muro del hospital (una astucia del encierro por la cual estos muros eran más altos por dentro que por fuera).

Fui enseguida a trabajar en su servicio. El primer día me acogió diciéndome que estaba mal afeitado, cosa falsa. Pero era para que fuera a ofrecer mi rostro y mi cuello a un esquizofrénico que trabajaba, en el hospital, como peluquero. Podríamos decir que había de su parte, un aspecto "bizutage", iniciático, si quieren (hoy, en Francia, en el periodo de orden moral que atravesamos, hay una condena general contra este tipo de prácticas). Pero poco importa, lo que contaba era la lección, y que la lección no fuese una teoría sino un acto: tener confianza en los locos.

Si no hubiese existido Lacan, no me habría comprometido en el psicoanálisis. No llegué al psicoanálisis por Freud, para luego tener que vérmelas con Lacan. Llegué al psicoanálisis por Lacan. No hay algo anterior, como le ocurrió a otros, por ejemplo, de haber sido kleinianos, de haber sido freudianos.

No, si no hubiese existido Lacan en esa época, habría hecho otra cosa diferente del psicoanálisis (Albornoz, Ferrari y Sauval, 2000).

Por un tercero no cuerdo Allouch se interesó por lo que hacía Lacan, aquel que hacía escuchar a Lacan, fue una psiquiatra que enseñaba y practicaba en psiquiátrico, Allouch lo sigue y solicita trabajar ahí, el psiquiatra tenía su manera particular de dar la bienvenida a aquel que estuviera interesado en la locura y Allouch lo apreció, ese decir sobre Lacan hace que él se moviera a París para asistir a los seminarios de Lacan, analizarse y estudiar filosofía.

Retengamos dos frases sobre este encuentro con Lacan que parecen decisivas, frases que hablan de un destino, se retomarán al final del segundo documento:

“Si no hubiese existido Lacan, no me habría comprometido en el psicoanálisis” y

“Si no hubiese existido Lacan en esa época, habría hecho otra cosa diferente del psicoanálisis”

.Pasemos ahora a revisar trazos de un escrito de Allouch, como observará el lector nos hemos centrado para el análisis de este testimonio en el encuentro con Lacan, encuentro que por un tercero se dio.

Trazos del escrito de Jean Allouch

¿Lacan? ¡Qué me importa!

En donde hay algo que me importa

Lacan no me importa y, agregaría, tampoco el psicoanálisis, porque hay algo que sí me importa, esto desde mi poca tierna infancia, y es la locura.

... La locura es la razón de mi presencia aquí, una razón que ciertamente se me escapa. Porque hago mía una declaración escrita e inédita de Lacan en la última década de su vida, una declaración en forma de cogito: "(...) se trata de mí, luego me engaño".

Parece muy verosímil que nuestros pobres discursos resbalan sobre la locura como el agua sobre las plumas de un pato; muchas cosas lo dan a entender. Los "profesionales de la salud", ¿tratan o maltratan la locura? ¿Somos aprendices de brujos? Pensaría mal de la práctica de alguien para quien esta pregunta estuviese excluida del campo de sus preocupaciones.

En donde mi declaración aparece como no recíproca

Yo me desentiendo de Lacan. Escuchen que esta aserción no es recíproca: Lacan no me dio la espalda. Quizá él se desentendió de no poca gente, eso se dice, y no sé nada sobre eso, pero no de mí; es un hecho, un hecho que les digo. ¿Cómo no se desentendió de mí? Haciéndose, por mi demanda, mi psicoanalista. ¿Cómo se las arregló ahí? Por intermedio de dos o tres cositas, oh! no grandes cosas, pero una cosa sobre todo, muy tonta para decirla: él me sonrió, él me hizo el don de una sonrisa, que, por ser de artificio, no era menos sincera (Ferenczi). Una sonrisa como pharmakon no es la clase de tratamiento que la industria del medicamento podría, frotándose las manos, lanzar al mercado.

¿Tenía miedo de esa sonrisa? Sin duda, porque me habrá hecho falta, antes de ir a pedirle su ayuda, dirigirme a uno de sus lugartenientes, un lugar-teniente

(quedando Lacan para mí como lo que Conrad Stein ha llamado muy ajustadamente mi “psicoanalista de elección”).

En la sala de espera de ese personaje bastante conocido en esa época, había un piano de cola; sobre ese piano había un pequeño florero y, en él, una rosa, no exactamente roja, pero toda una rosa. Su nombre, por otro lado, y me di cuenta de eso sólo cuando preparaba esta exposición, comenzaba por la sílaba “rosa”. Pero esta rosa que me miraba mientras esperaba, nunca mucho tiempo, la hora de mi sesión, estaba siempre fresca. ¿Se dan cuenta? siempre, siempre, siempre fresca. Ni una vez ella se me apareció como no viniendo de estar recién cortada. Este alumno de Lacan era un psiquiatra-psicoanalista, pero también un pensador cultivado, aplicado, serio, a veces brillante. Brillante como su rosa siempre fresca. Porque tal es el régimen normal del pensamiento, es decir homosexualmente normalizado¹, reconocido desde Platón: una rosa nunca expuesta a marchitarse: “Sólo la rosa es lo bastante frágil para expresar la eternidad”², escribe el poeta. Y tal será esa suerte de inmortalidad en la que “Lacan” resbalará si se llega a hacer creer que existe un pensamiento Lacan. Cuando, un día, pude al fin darme cuenta del horror que vehiculizaba ese semblante de eternidad:

Ese fue el día en que mi pretendido psicoanalista exhibía una corbata lisa de la cual no les puedo designar mejor el color que diciéndoles que evocaba con toda seguridad el excremento. Sí, pretendido, y por su causa. Así, inauguraba la mayor parte de las sesiones con un “Lo escucho”. “Qué sabía él, si me escuchaba? ¡Qué pretensión!” me dije un día, para darme cuenta enseguida, porque es el mismo término, que me auscultaba. Y así me ocultaba. Era su forma de complicarla. En relación a mí Lacan nunca reivindicó escucharme, manifestando incluso ostensiblemente, una vez, que estaba ocupado en otra cosa. Pero ¿entonces no me escuchaba? ¿o quizá, mejor ?) El matemático Pierre Soury observó que a veces le era más fácil dirigirse a alguien cuando ese alguien estaba ocupado en una pequeña actividad, como coser. Vino un

¹ Este “homosexualmente” no tiene nada de intempestivo. Cf. J. Allouch, *El sexo del amo*, Paris, Exils, 2001. (Hay traducción española: “El sexo del amo”, Ediciones Literales, Córdoba, 2001).

² Citado (página 127) por Danielle Arnoux en su muy interesante análisis clínico de la locura de Camille Claudel (cf. Camille Claudel, *El irónico sacrificio*, Epee, México, 2002).

día a mi casa, con su bolsa de cuerdas bajo el brazo, para ponerme a prueba en relación a desanudar un nudo. Habiendo puesto las cuerdas en mis manos, empezó una conversación a intervalos, que seguí, a través de la cual, en efecto, sin que yo sepa cómo, el nudo se encontró desatado. ¿Lo habría llegado a estar si le hubiese prestado toda mi concentrada atención? Soury pensaba que no.

No tuve otra opción que volverme hacia aquel de quien todavía no sabía que iba a sonreírme.

En donde al analizante no le importa su psicoanalista

... Piensen cuanto nos reímos de cantidad de acontecimientos, felices o dramáticos, en nuestra puesta en marcha de lo que Powys llama “el arte de evitar el displacer”. El psicoanálisis es portador de un término hecho justamente para designar ese punto en el que el analizante se desentiende de su psicoanalista. Se llama transferencia...

La consistencia e incluso la “gracia de la transferencia”³, consiste en que al analizante pueda no importarle su analista. Los analistas lo han comprendido bien, quienes, espontáneamente son llevados a responder: “Pero no, usted sabe bien que esta persona que dice y me imputa, no soy yo”, testimoniando así que están entonces habitados por el sentimiento de que la transferencia se desentiende de ellos. El analista como tal no es tampoco el sujeto supuesto saber. Pero, justamente, por tener esa respuesta valor de desistimiento, felizmente, hay analistas para sostener que ella no conviene; y sin duda André Green, de quien saludo la presencia a mi lado, André Green a quien debemos uno de los artículos peor planteados sobre el objeto pequeño a:

Preparando esta conferencia, no sabía que André Green iba a mencionar ese trabajo. Me respondió, en aparte, que Lacan lo había felicitado

³ Fórmula que se presenta como una malversación desvergonzada de una frase de Lacan: “Al comienzo del psicoanálisis está la transferencia. Lo está por la gracia del que llamaremos el psicoanalizante” (“Proposition du 9 octobre 1967 sur la psychanalyste de l'école”, retomado en *Autres écrits*, Paris, Seuil, 2001, p. 247). Sin embargo, la continuación inmediata de la proposición, si no justifica, al menos acuerda cierto crédito a esta malversación situando la transferencia como haciendo obstáculo a la intersubjetividad (tal sería entonces su gracia), la cual aparece solo susceptible de dar cuerpo a esa preocupación por el otro que impediría que se burlen de él.

cálidamente, e incluso había deseado que aparezca (lo que sucedió, en Cahiers pour l'analyse). Respuesta, siempre aparte: "¿Usted le creyó?". Sí, ¡le creyó!. Evidentemente Green no tiene la menor idea del vertiginoso número de tonterías a las cuales Lacan prestó generosamente sus más vivas felicitaciones (sobre todo a la de Juanito). Pero precisemos de qué se trata en esas aprobaciones, a saber, de lo que llamaría el judaísmo de Lacan, el que la tradición judía manifiesta en una cancioncita, pero también en una anécdota. Lessing nos la aporta: « Tra-la, Tra-di, Ridi, Rom, se demanda. A lo que el otro responde: "Tra-di, Ri-di, Ri-lom". Pero si se lo prefiere, se puede responder también: "Trajdim?".

Y sucede siempre lo mismo que al rabino con sus dos justiciables: "Expone tu caso", le dice al primero; y después de haberlo escuchado le dice: "Tienes razón". Volviéndose al segundo, le dice: "Es tu turno de exponer tu caso". Éste hace una exposición que contradice punto por punto la del precedente. Después de haberlo escuchado cuidadosamente, el rabino le responde: "También tienes razón". Es entonces que el primero se crispa con sorpresa: "Pero es muy difícil que yo tenga razón y que él también la tenga". El rabino medita de nuevo y a fin de cuentas decide: "También tienes razón" (Theodor Lessing, La haine de soi, le refus d'être juif, traducido del alemán por M.-R. Hayoun, Paris, Berg international éditeurs, 2001, p. 167). No hay ninguna contradicción en Lacan entre este judaísmo y su preocupación por logicizar el psicoanálisis porque, al contrario, cada uno de esos rasgos vuelve más necesario la referencia al otro.

Y más recientemente, la elección de un autor incompetente para dar cuenta de la corriente lacaniana en su panorama de las grandes corrientes del psicoanálisis contemporáneo, sin duda André Green es uno de ellos. Dicho de otra manera la acogida de la transferencia equivale a dirigir, en acto, al analizante, algo como un: "Continúe, en esta zambullida transferencial, dándome resueltamente la espalda, porque es la única posibilidad, esa transferencia, de rizarla".

Contra-ejemplo: mi psicoanalista con la rosa siempre fresca. No era cuestión de poder reírse de él, de su relación a una muerte (re) cubierta de excremento:

En acto, trataba a sus pacientes como excrementos: una pequeña servilleta siempre acomodada esperaba, sobre el almohadón, la cabeza de cada uno, de tal manera que al final del largo día, en su cesto, había tantas servilletas sucias como pacientes recibidos. Verdaderas hojas de papel higiénico, esas servilletas indicaban que él se limpiaba en el lugar de sus pacientes de sus pacientes, tomados entonces como excrementos. ¿Nos sorprenderemos si agrego que la comunidad psiquiátrica le atribuía una tarifa envidiable? ¿Cómo un pensamiento-caca podría estar a la altura de operar una castración anal? Sin duda ahí está la razón por la cual Serge Leclaire decía que la analidad es la cosa más difícil de analizar.

En donde me desentiendo del pensamiento Lacan

Pero ¿por qué me dirigí a Lacan, específicamente a él? ¿Fue porque era un pensador? Puedo admitir que se pueda transferir un tiempo sobre una rosa siempre fresca, pero no era mi caso. La locura con la cual me las tenía que ver era suficientemente “razonante”, según el tan justo vocablo de Sérieux y Capgras, como para que estuviese advertido de que no era pensando, pensándola (aunque ese pensador fuese Lacan), que podía abrirse una chance de que ella me deje un poquito en paz.

Lacan se burlaba del pensamiento. Escribía “l'appensée”:

La palabra está construida como una metáfora, condensación entre “apoyo” (appui) y “pensamiento” (pensée).

O incluso, anagramáticamente, en vez de “philosophie”, “foliesophie”⁴.

Admitiendo, con Freud, que el pensamiento funcionaba como censura (ciertamente Freud no pide a su paciente que le diga lo que piensa, sino, lo que

⁴ Neologismo en forma de sustantivo por condensación de las palabras folie (locura) y philosophie (filosofía). Cf. Comentarios..., op. cit., pág. 129.

es muy diferente, que le diga lo que le viene al espíritu), Lacan jugaba con las letras de ese pensamiento-censura, obteniendo así el término “censée-pensure”⁵. No ignoraba tampoco lo que indicaba el poeta cantando: “Cuando pienso en Fernanda, se me para, se me para”:

“Quand je pense à Fernande, je bande, je bande ». Nota de traducción: el poema pertenece a G.Brassens. En lenguaje popular « bander” es estar en erección. Sería como decir: “Cuando pienso en Clara, se me para, se me para”.

No, Lacan no era un pensador, menos todavía el constructor de un “sistema de pensamiento” como Élisabeth Roudinesco lo machaca. Y ciertamente no fue a ese título que me dirigí a él.

Conjeturaba, dicho de otra forma, que se trataba, con Lacan, más que de pensamientos, de lo que Foucault escribirá a propósito de *Différence et répétition* de Deleuze⁶: Retengamos bien sobre todo el gran vuelco de los valores de la luz: el pensamiento ya no es una mirada abierta sobre formas claras y bien fijadas en su identidad; él es gesto, salto, danza, traspie extremo, oscuridad violenta. Es el fin de la filosofía (la de la representación). Incipit philosophia (la de la diferencia).

En donde mi “no me importa” habrá funcionado

Me dirigí a Lacan, justamente, como alguien del cual era posible que me desentienda. No se encuentra en todas las esquinas, alguien de esa calaña. Porque una cosa es desentenderse de alguien, otra cosa desentenderse de ese alguien con él o, al menos, no sin él. Acabo de decírles mi definición del psicoanalista.

¿Cómo supe, con 23 años, que Lacan era de esa factura? Decírseles nos permitirá quizá ver de más cerca lo que denota, a mis ojos al menos, el nombre

⁵ Jacques Lacan, *seminario del 23 de abril de 1969. Neologismo por condensación de pensé (pensamiento) y censura (censure)*. Cf *Comentarios...*, op. cit., pág. 230.

⁶ Michel Foucault, « *Ariane s'est pendue* », in *Dits et écrits, T. I, Paris, Gallimard, 1994, p. 769*. En el campo freudiano, Lacan no era el único que tenía al pensamiento por sospechoso (al suyo, por supuesto que también). Que alcance aquí con convocar a Winnicott quien, en un artículo con razón famoso situaba el “yo pienso” cartesiano como un defecto de desarrollo⁶. ¿Cuántas sesiones analíticas se vuelven largamente vanas por el hecho de que el analizante no puede hacer otra cosa que pensar?

Jacques Lacan. Nada asegura que esa cosa denotada pueda tener la menor existencia después de la muerte de Jacques Lacan, ocurrida hace veinte años. Nada asegura que todo lo que ponemos bajo el nombre de Lacan no sea absolutamente inoperante por la razón de que eso no podría tener lugar sino con Lacan vivo. La ferocidad (es la palabra) destructora con la cual algunos se dedican a malversar esa enseñanza de Lacan que pretenden sostener haciéndola caer en una pastoral social, en una religión, en una medicina, es hoy tan patente que cuesta no plantearse la pregunta por una carencia radical de toda prolongación posible de esa enseñanza después de la muerte de Lacan.

En donde eso de lo cual me desentendiendo está en tercera persona

Mi relación a Lacan tuvo, tomándola en su hilo histórico, la marca de tres “se dice”. Al “se dice”, si lo prefieren, llámenlo: rumor público, o chusmerío, o reputación; prefiero se dice a causa del alcance subjetivante de esa expresión en Marguerite Duras (vean *El Vice -Cónsul*, o *El arretrato de Lol V. Stein*, o *India song*).

Primer se dice: escuché hablar de Lacan antes de escucharlo a él e incluso antes de leer alguno de sus textos. Lacan fue para mí ante todo un rumor, vehiculizado en un hospital psiquiátrico, por un médico jefe ocupado en ese entonces en que sus enfermos pudiesen disponer para comer, como cualquiera en fin, de tenedores y cuchillos.

Quizá Lacan no es otra cosa que un se dice. En primera instancia, ¡eso no estaría tan mal! Conforme a ese efecto reconocido del rumor, habrá tenido éxito en hacer “charlar”, o hablar, en primer lugar a través de un número bastante grande de analizantes. Y entonces, ese rumor hospitalario me habrá hecho hablar sobre su diván.

Ocurrió que ese tiempo en donde, transferencialmente lo incorporaba en esa intimidad mía que se encontraba ampliamente fuera de mí, debía desembocar sobre un segundo se dice, el de mi pase. “Pase” es la palabra, en ciertos aspectos engañosa (porque se trata de un impasse: no se sale de la inexistencia del Otro), con la cual Lacan designa el único dispositivo susceptible, para él, de

ratificar el hecho de que habrá habido análisis efectivo. Estaba construido, no por azar, sobre el modelo del chiste freudiano, e implicaba la existencia de una escuela. Este pase, volviendo localmente público mi análisis con Lacan, realizaba otra relación a él que la precedentemente instaurada, otra forma de desentenderme de él. ¿Cuál? Aquella en donde me situaba como habiéndolo dejado caer. ¿Qué había devenido, en ese momento, para mí y algunos otros que estaban en el asunto, el rumor Lacan? Era...ah! No es fácil de decir, las palabras faltan. Era él, mi analista, habiéndose inscripto de una cierta forma en mi asunto. Dos pasadores vehiculizaban ese rumor a otros a quienes debía alcanzar, si pase había.

Luego hubo un tercer se dice, largamente inesperado a decir verdad, el que hace que hoy en día “Lacan” sea el nombre de un recorrido, de un acontecimiento, o de algunos y pocos acontecimientos⁷, que digo (que no soy el único en decir, pero que con otros digo). Lacan depende desde entonces de lo que digamos que ha dicho o hecho. Su nombre puede ser también el de las consecuencias que saquemos de él. Porque las huellas mismas que ha dejado (sus seminarios) dependen más que nunca, de lo que algunos, con Jacques-Alain Miller y según su recentísima proposición, hacen y harán con ellas.

Se tendría casi la impresión, en relación al primer se dice, que un rizo está rizado. Acá estoy en el lugar (pero no exactamente el mismo, porque nadie, a mi parecer, podrá ir a demandar un análisis a Lacan, porque Lacan está muerto) del que me hablaba de Lacan.

Es mi turno, de alguna manera (quizá sea prestidigitación), de hablarles de él. ¿Estoy seguro, haciendo eso, de que no sea una última forma de reírme de él? ¡Para nada! Por ejemplo, ese gesto, al que me consagro, de introducción en el campo freudiano de los estudios gays y lesbianos (los que vienen a trastornar el saber freudiano en algunos de sus puntos clave) es, como lo pretendo, isomorfo al suyo en relación a la antipsiquiatría? No podría estar convencido.

⁷ La invención de una nueva teoría del yo (moi) (para volver al psicoanálisis apto para no descuidar el “campo paranoico de las psicosis”), la del ternario simbólico/imaginario/real, la del objeto pequeño a, la de un sujeto ya no definido por el significante sino por el nudo (cf. J. Allouch, « Point de vue lacanien en psychanalyse » Encyclopédie Médico-Chirurgicale, Psychiatrie, 1995). (Hay traducción española: “Punto de vista lacaniano en psicoanálisis”, Litoral nueva serie nº 16, EDELP, Córdoba, abril de 1994).

Pero aquí también interviene su “descaridad” (“décharite »). Vale como un soplo de aire para el psicoanálisis, como el que Freud no habrá sabido dar a sus sucesores (donde se confirma la fórmula de Lacan en 1963: el retorno a Freud es un “retorno a lo que falta en Freud”). Y la posibilidad de que me burle de él aparece de pronto como la condición y la medida misma de mi propia responsabilidad.

Un loco, un día, va a ver a su psiquiatra:

- Hay -le dice con el tono seguro de alguien que sabe de qué habla-, mil maneras de tratar la locura, pero una sola es la buena.
- Ah bueno -interroga el psiquiatra sorprendido-, ¿cuál?
- ¡Yo sabía, responde el loco, que usted no sabía!

Bueno. Si hay algo de lo que no me río, algo sobre lo cual Lacan estaba reglado en su relación a la locura (pero esta posición no es absolutamente excepcional, no lo es sino relativamente), algo que lo habitaba desde el inicio hasta el último final, digamos desde Marguerite Anzieu a James Joyce, era, permítanme que se los diga, lo que yo había escuchado en el rumor Lacan, a saber, que sabía, en su práctica, no saber. Más precisamente todavía, y todos sus seminarios y presentaciones de enfermos lo testimonian por igual, sabía no saber lo que Lacan pensaba. Sabía, y mucho, cuando eso se imponía, reírse, de Lacan.

Tal nos aparece el rasgo (einziger Zug) perfectamente ubicable igualmente en Freud y por la gracia del cual podía, legítimamente, reivindicarse freudiano” (Allouch, 2003).

3. Resultados

Allouch preocupado por la locura desde su *poca tierna infancia*, locura escrita y motivo de su presencia en el centenario del nacimiento de Lacan, su posición lo lleva a no apreciar la práctica del “profesional de la salud” que no se preocupa por las preguntas sobre la locura.

Allouch le demandó análisis a Lacan, solo después de haber estado en análisis con otro (Rose...) ¿Por qué este decir a medias de quien fue su primer analista?

cuya posición otorgada por él era la de lugarteniente, alumno de Lacan, “*un psiquiatra-psicoanalista*” extraña nominación que le concedió a quien fue su primer analista por haberlo cagado.

A su segundo analista Allouch hasta le perdonó que alguna vez estuviera ocupado en otra cosa en sesión, confesión hecha con intento fallido de justificación de tal proceder, por valerse de otro escenario y de una aserción del matemático Pierre Soury. Cuando alguien está en transferencia es comprensible que perdone la metida de pata de su analista, más después de esa experiencia ¿Qué caso tiene intentar cubrir la falla ocasional de quién fue su analista?

Allouch relata que al ir a París significaba entre otras cuestiones entrar a análisis, no dice que con Lacan, aunque su transferencia estuviera tomada a ese nombre, particular manera de aproximarse a él, eligiendo como su primer analista a un lugarteniente de Lacan, posteriormente ¿Continuo su análisis con Lacan? Por su testimonio sobre su formación, ir con su primer analista *Après-coup* no tuvo valor de análisis ¿Por qué renegar de ese análisis que le permitió ir al diván de Lacan? Tenemos algunas sentidos del porqué dejó a su primer analista, los motivos apuntan tanto a la locura de Allouch como a la manera en que su analista lo atendía, lo que volvió insoportable continuar ahí.

En el inicio de este trabajo se planteó como el síntoma de analizante se complementa con el sínthome de analista (figura 1), por lo testimoniado la forma de intervenir para escuchar, más el trato similar con los otros analizante, más la rosa eterna, más el color de la corbata que traía en su último encuentro, hizo estallar esa relación liberándolo, para finalmente atreverse a ir con quien lo “subió” a París.



Figura 1 Síndrome de analista.

La aseveración de Allouch “*Lacan depende desde entonces de lo que digamos que ha dicho o hecho*”, es ideológicamente fuerte, por el valor que tiene en sí mismo las letras, escritos y las transcripciones de las estenotipias de los seminarios de Lacan, con sus diversas traducciones que hoy tenemos para trabajar, si bien, seguir los trabajos de discípulos de Lacan es importante por sus lecturas y escritos al campo freudiano, además de actualizarnos con documentos descubiertos, fuentes de primera mano y búsqueda sobre un tema, quedarnos sólo con eso impide ir y trabajar con las fuentes originales, y nadie interesado en la enseñanza de Lacan puede ahorrarse dejar de leer a Lacan en Lacan, para hacerse cargo de las preguntas que su enseñanza le provoque.

Volvamos sobre las frases dichas por Allouch sobre su encuentro con Lacan, que mencionamos en la primera parte: “*Si no hubiese existido Lacan, no me habría comprometido en el psicoanálisis*” y “*Si no hubiese existido Lacan en esa época, habría hecho otra cosa diferente del psicoanálisis*”, después del análisis del escrito testimonial de Allouch, encontramos una peculiar manera de cómo el síntoma requería postergar tal destino. Su versión sobre cómo éste *le sonrió*, no permite apreciar esta peculiar transferencia, donde pese a estar en transferencia con Lacan, su síntoma requería pasar por otro diván de un lugar-teniente de éste, para sólo después dirigirse al diván de Lacan.

4. Discusión

Cada experiencia analítica es única, los testimonios de los exanalizantes de Lacan existen y siguen apareciendo como partes de artículos, entrevistas, libros, grabaciones de video, hacer este escrito de trazos testimoniales sobre Lacan, me deja la enseñanza de no poder escribir por los temas elegidos, sin usar las referencias matemáticas y topológicas. Sobre la elección del trazo dejé que hiciera eco, reflexión, vació y aparición dentro de mí, para hacer un escrito hilado con las letras, palabras y frases de lo testimoniado, en mi lectura estaban implícitas mis inquietudes, más los sentidos que capturé cautivo.

El problema de la formación de los analistas Lacan lo interrogó, y trabajo sobre ello desde antes de su expulsión de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis filial de

la IPA en 1963, y continuó interrogando toda su vida ese tópico crucial para el psicoanálisis, él esperaba que su propuesta de pase sirviera para recoger enseñanzas para el psicoanálisis, su compromiso al igual que el Freud fue por *La causa para él freudiana*, de ahí el valor del acto de disolución de la Escuela Freudiana de París en 1980, al observar lo que estaban sucediendo con su enseñanza.

Quien esté interesado por el psicoanálisis encuentra en la obra escrita y oral de Lacan, fuentes vivas de la disciplina que trascendieron problemas históricos que le tocó vivir, por ejemplo cuando sucede la movilización estudiantil de mayo 1968, Lacan fue criticado por su lectura sobre ese movimiento, y se ocupó de interrogar en su seminario la función del discurso universitario, la administración del saber y si el saber del psicoanálisis era una mercancía, Lacan dio respuesta aunque no directa a los problemas que acontecían.

Hoy día nos enfrentamos a otros problemas diferentes y graves, por ejemplo, sea porque la tecnología ha alterado nuestra relación con el tiempo, espacio, lugar, familia, intimidad, trabajo, etc., donde la lógica del mercado privilegia el dinero como un fin y no como un medio de vida, por este mundo loco que nos toca vivir hoy, se vuelve máspreciado no olvidar el saber psicoanalítico, la obra de Lacan, contiene y devela el valor que el deseo tiene para darle sentido a la vida de alguien, aunque sabemos que somos pocos los interesados en eso.

5. Bibliografía y Referencias

- [1] Este “Homosexualmente” no tiene nada de intempestivo. Cf. J. Allouch, *El sexo del amo*, Paris, Exils, 2001. (Hay traducción española: “El sexo del amo”, Ediciones Literales, Córdoba, 2001).
- [2] Citado (página 127) por Danielle Arnoux en su muy interesante análisis clínico de la locura de Camille Claudel (cf. Camille Claudel, *El irónico sacrificio*, Epeeel, México, 2002).
- [3] Albornoz, E., Ferrari, N., Sauval, M. (2000). Reportaje a Jean Alouch. Acheronta. Recuperado de: <http://www.acheronta.org/reportajes/allouch-es.htm>.

- [4] Allouch, J., (2003) ¿Lacan? ¡qué me importa! <http://www.jeanallouch.com/pdf/186>.
- [5] Lacan, J. (1981) Preposición del 9 de octubre de 1967. En F.H. Freda, J. A. Miller, D. Rabinovich (Eds.), ¿Ornicar? (11-31). Barcelona, España: Petrel.